



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 11 de octubre de 2000

La Eucaristía, sacrificio de alabanza

1. "Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria". Con esta proclamación de alabanza a la Trinidad se concluye en toda celebración eucarística la plegaria del Canon. En efecto, la Eucaristía es el perfecto "sacrificio de alabanza", la glorificación más elevada que sube de la tierra al cielo, "la fuente y cima de toda la vida cristiana, en la que los hijos de Dios ofrecen al Padre la víctima divina y a sí mismos con ella" (cf. *Lumen gentium*, 11). En el Nuevo Testamento la carta a los Hebreos nos enseña que la liturgia cristiana es ofrecida por un "sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos", que ha realizado de una vez para siempre un único sacrificio "ofreciéndose a sí mismo" (cf. *Hb* 7, 26-27). "Por medio de él –dice la carta–, ofrecemos a Dios sin cesar un sacrificio de alabanza" (*Hb* 13, 15). Así queremos evocar brevemente los temas del sacrificio y de la alabanza, que confluyen en la Eucaristía, *sacrificium laudis*.

2. En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el *sacrificio* de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: "Esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre" (*Mt* 26, 26. 28). Pero el Cristo presente en la Eucaristía es el Cristo ya glorificado, que en el Viernes santo se ofreció a sí mismo en la cruz. Es lo que subrayan las palabras que pronunció sobre el cáliz del vino: "Esta es mi sangre de la Alianza, derramada por muchos" (*Mt* 26, 28; cf. *Mc* 14, 24; *Lc* 22, 20). Si se analizan estas palabras a la luz de su filigrana bíblica, afloran dos referencias significativas. La primera es la expresión "sangre derramada", que, como atestigua el lenguaje bíblico (cf. *Gn* 9, 6), es sinónimo de muerte violenta. La segunda consiste en la precisión "por muchos", que alude a los destinatarios de esa sangre derramada. Esta alusión

nos remite a un texto fundamental para la relectura cristiana de las Escrituras, el cuarto canto de Isaías: con su sacrificio, "entregándose a la muerte", el Siervo del Señor "llevó el pecado de muchos" (*Is* 53, 12; cf. *Hb* 9, 28; *1 P* 2, 24).

3. Esa misma dimensión sacrificial y redentora de la Eucaristía se halla expresada en las palabras de Jesús sobre el pan en la última Cena, tal como las refiere la tradición de san Lucas y san Pablo: "Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros" (*Lc* 22, 19; cf. *1 Co* 11, 24). También en este caso se hace una referencia a la entrega sacrificial del Siervo del Señor según el pasaje ya evocado de Isaías: "Se entregó a la muerte (...), llevó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores" (*Is* 53, 12). «La Eucaristía es, por encima de todo, un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la nueva alianza, como creemos y como claramente profesan también las Iglesias orientales: "El sacrificio actual –afirmó hace siglos la Iglesia griega (en el Sínodo Constantinopolitano contra Soterico, celebrado en los años 1156-1157)– es como aquel que un día ofreció el unigénito Verbo de Dios encarnado, es ofrecido, hoy como entonces, por él, siendo el mismo y único sacrificio"» (carta apostólica *Dominicae Coenae*, 9).

4. La Eucaristía, sacrificio de la nueva alianza, se presenta como desarrollo y cumplimiento de la alianza celebrada en el Sinaí cuando Moisés derramó la mitad de la sangre de las víctimas sacrificiales sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. *Ex* 24, 5-8). Esta "sangre de la alianza" unía íntimamente a Dios y al hombre con un vínculo de solidaridad. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su cima. Es la realización de la "nueva alianza" que había predicho Jeremías (cf. *Jr* 31, 31-34): un pacto en el espíritu y en el corazón, que la carta a los Hebreos exalta precisamente partiendo del oráculo del profeta, refiriéndolo al sacrificio único y definitivo de Cristo (cf. *Hb* 10, 14-17).

5. Al llegar a este punto, podemos ilustrar otra afirmación: la Eucaristía es un sacrificio de *alabanza*. Esencialmente orientado a la comunión plena entre Dios y el hombre, "el sacrificio eucarístico es la fuente y la cima de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. En este sacrificio de acción de gracias, de propiciación, de impetración y de alabanza los fieles participan con mayor plenitud cuando no sólo ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la sagrada víctima y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino que también reciben la misma víctima en el sacramento" (Sagrada Congregación de Ritos, *Eucharisticum Mysterium*, 3).

Como dice el término mismo en su etimología griega, la Eucaristía es "acción de gracias"; en ella el Hijo de Dios une a sí mismo a la humanidad redimida en un cántico de acción de gracias y de alabanza. Recordemos que la palabra hebrea *todah*, traducida por "alabanza", significa también "acción de gracias". El sacrificio de alabanza era un sacrificio de acción de gracias (cf. *Sal* 50, 14. 23). En la última Cena, para instituir la Eucaristía, Jesús dio gracias a su Padre (cf. *Mt* 26, 26-27 y paralelos); este es el origen del nombre de ese sacramento.

6. "En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo" (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1359). Uniéndose al sacrificio de Cristo, la Iglesia en la Eucaristía da voz a la alabanza de la creación entera. A eso debe corresponder el compromiso de cada fiel de ofrecer su existencia, su "cuerpo" -como dice san Pablo- "como una víctima viva, santa, agradable a Dios" (*Rm 12, 1*), en una comunión plena con Cristo. De este modo una sola vida une a Dios y al hombre, a Cristo crucificado y resucitado por todos y al discípulo llamado a entregarse totalmente a él.

Esta íntima comunión de amor es lo que canta el poeta francés Paul Claudel, el cual pone en labios de Cristo estas palabras: "Ven conmigo, a donde yo estoy, en ti mismo, y te daré la clave de la existencia. Donde yo estoy, está eternamente el secreto de tu origen (...). ¿Dónde están tus manos, que no estén las mías? ¿Y tus pies, que no estén clavados en la misma cruz? ¡Yo he muerto y he resucitado una vez para siempre! Estamos muy cerca el uno del otro (...). ¿Cómo puedes separarte de mí sin arrancarme el corazón?" (*La Messe là-bas*).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente a los obispos venezolanos, con los superiores y alumnos del nuevo colegio que van a inaugurar en Roma para la formación de sacerdotes, así como a los matrimonios chilenos del movimiento de Schönstatt y al grupo "Rapa Nui" de la isla de Pascua, a los fieles de Cali, acompañados del señor arzobispo mons. Isaías Duarte, a los peregrinos de Panamá con algunos obispos y al grupo de olivareros españoles, así como a los demás grupos de España, Venezuela, Chile y Argentina. A todos os invito a vivir la Eucaristía como una ofrenda permanente de la propia vida, unidos con Cristo para alabanza de Dios.

(En checo)

Vosotros sois hermanos y hermanas de los mártires, de los confesores y de los santos. Esto os compromete a ser fieles a Cristo y a anunciar el Evangelio con vuestra vida y con la palabra a todos, especialmente a los no creyentes de hoy.

(En italiano)

Mi pensamiento se dirige ahora a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados. El sábado y el domingo próximos tendrá lugar el jubileo de las familias. Queridos *jóvenes*, aprovechad estos años para prepararos a formar una auténtica familia cristiana. Queridos *enfermos*, haced de vuestra presencia en la vida familiar un don, ofreciendo al Señor vuestros sufrimientos por el bien de todos. Queridos *recién casados*, ojalá que, día a día, vuestra familia se convierta, cada vez más, en iglesia doméstica y célula viva de la sociedad.

